



El quehacer comunitario en Chile hoy

REFLEXIONES ECUMÉNICAS SOBRE LA CRISIS ACTUAL

El papa Francisco nos ha pedido que el cambio estructural en la iglesia lo fundemos en una nueva mirada teológica porque dicho cambio no vendrá de arriba, de los jefes de ninguna iglesia, sino del pueblo mismo de Dios. Ahí nos toca a todos y todas volver a organizarnos como iglesias domésticas o comunidades de base, las mismas que a comienzos de los años 90 fueron prohibidas de hecho por algunos obispos católicos.

El CEDM -con un afán propositivo y ecuménico- ofrece aquí a las comunidades de fe, sus reflexiones sobre el tema para contribuir a superar la crisis actual y construir juntos el pueblo de Dios.

Hace ya más de ocho años que la doble vida que llevaban y los abusos que cometían algunos connotados sacerdotes y líderes cristianos se hacían públicos. Muchos, entre los católicos, no dieron crédito a esas noticias. Otros, nos quedamos profundamente conmovidos y extrañados de las reticencias y lentitudes de la jerarquía eclesiástica. Nos duele el daño que esos sacerdotes y pastores han hecho en vidas humanas. Nos escandaliza que esos líderes hayan presionado conciencias en virtud de su mismo ascendiente espiritual y que las instituciones eclesiásticas hayan levantado un sospechoso muro de silencio en torno a todo ello.

Gracias al coraje y la perseverancia de tres o cuatro personas entre las muchas víctimas, la verdad ha salido a luz de manera irrefutable, obligando al mismo papa a tomar cartas en el asunto. Francisco en su documento de meditaciones entregado en Roma a los obispos católicos de Chile, les dijo básicamente dos cosas:

- primero, que los y las cristianas en Chile debemos volver nuestra mirada a Jesús,
- y segundo, que los males de la iglesia no se curan a mediano y largo plazo con la mera remoción y reposición de cargos episcopales, sino que se requiere de un cambio estructural, donde los protagonistas deberían ser todos y todas las que se asumen como miembros del pueblo de Dios, y no sólo su jerarquía.

Este golpe de timón y la profunda conmoción emocional que nos embarga a los miembros católicos y no católicos del equipo de nuestro Centro Ecuménico Diego de Medellín, nos han inspirado algunas reflexiones. Las compartimos aquí desde adentro de la única comunidad de seguidores de Jesús, esa gran asamblea universal que llamamos iglesia, cuyos límites son flotantes y cuya doctrina lleva el sello multivalente de la historicidad.

Cuando el papa nos habla de Jesús, nos está pidiendo que pongamos los ojos en él con los ojos nuevos con que lo miraban los primeros cristianos (Hebr. 12,2; 1 Cor, 3,11) y esto quiere decir que no sigamos viendo en Jesús los rasgos sobrehumanos con que fuera definido bajo presiones imperiales en los cuatro primeros concilios ecuménicos como siendo “de la misma naturaleza del Padre” o el *Todopoderoso—Pantokrátor* imperial de los mosaicos bizantinos. Más bien se está refiriendo a la forma como lo veía el Padre Hurtado: el Jesús que tiembla de frío, abandonado de padre y madre, bajo los puentes del río Mapocho.

Esto significa que el cambio de estructuras que pide el Papa tiene que venir sostenido por un cambio en la mirada teológica: no se trata de la

piEDAD orientada hacia un Dios de allá arriba, —en la gloria atribuida al Cristo adornado con todas las insignias de poder imperial del siglo IV, como los obispos de la época y anacrónicamente hasta hoy— sino hacia el Dios aniquilado - en su vaciamiento, en su forma de siervo humillado (Fil. 2, 8-9), como lo encontramos todos los días en los hospicios o en los drogados o en los migrantes o en las mujeres maltratadas. Son ellas y ellos a quienes Jesús quisiera salir a encontrar, como lo hacía en los caminos de Galilea, en los bordes del lago, en las casas de quienes le invitaban y donde se introducían a veces huéspedes no invitados y claramente molestos, como una mujer y un paralítico (Lucas 7, 36-50 y Marcos 2, 1-12). Allí *acontecía (engiken, Mc 1, 15) el reino de Dios* y Jesús lo hacía presente. Dios le salía al encuentro en el trato con todos, porque la compasión que *estremecía sus entrañas* (Mc 6, 34; Lc 10, 33) era una pasión de pertenencia al común destino humano. Esta pasión de pertenencia lo llevó a situarse del lado de quienes no eran reconocidos por el poder religioso, político y social.

A esa pasión de pertenencia Jesús quiso invitar a sus seguidores, haciéndoles ver que allí —y sólo allí— estaba sucediendo de veras *el reino de Dios*. A ello apuntaban acciones que más tarde fueron narradas en las categorías mitológicas de "milagro", como el así llamado de la *multiplicación de panes* al que hoy se lo redescubre y reinterpreta más bien como el de la *multiplicación de las solidaridades*.

Éste es el cambio estructural a que nos invita el papa Francisco a todas y todos los cristianos. Pero este cambio no vendrá de arriba, de los jerarcas de ninguna iglesia, sino del pueblo mismo de Dios. Ahí nos toca a todos y todas volver a organizarnos como iglesias domésticas o comunidades de base, las mismas que a comienzos de los años 90 fueron prohibidas de hecho por algunos obispos católicos.

Enfrentar necesidades y urgencias

En esas comunidades tenemos la tarea primera de afianzar los lazos comunitarios que nos unen y dejar de ser la "iglesia repelente" de que nos hablaba un joven, contándonos del día que fue a misa con su polola, cuando el cura interpretó la escena de Jesús echando a los mercaderes del templo como si ahora estuviera echando —según el cura— a los jóvenes que viven su amor sin casarse...

Junto con esa primera tarea, está la de mirar juntos cuáles son las necesidades y urgencias de todo el pueblo, en lo local, barrial, municipal, provincial, nacional y mundial: tarea política que está por definir desde la base en lo que respecta a equidad de género, cuidado

del medio ambiente, derecho a aire y aguas limpias, acceso de todos y todas a la salud y a la educación... Y no sólo mirar, sino emprender con otros y otras las iniciativas correspondientes a lograr tales bienes y servicios comunes.

Mientras se llevan adelante estas tareas, se debería ir acondicionando los servicios de la iglesia de manera tal que mujeres igual que hombres puedan presidir la eucaristía, ordenando por tanto a quienes el pueblo cristiano llame y designe para ese ministerio sacramental y descubra con el carisma de ayudar y animar la explicación comunitaria de las Biblia. El celibato obligatorio tendría que ser descartado y desconectado de inmediato del servicio ministerial. En vez del miedo a la sexualidad, se debería cultivar la aceptación agradecida de un don que nos abre espacios de gozo en el mutuo reconocimiento, respeto y amor.

Las tareas administrativas de las comunidades de base deberían estar subordinadas al servicio que ellas prestan a sus localidades y a la vinculación de ellas entre sí bajo diversas formas de asambleas. Estas tareas administrativas tendrían que ser llevadas y controladas por todas y todos, mediante cargos ejercidos rotativamente y cuyos responsables puedan ser removidos en casos de ineficiencia o deshonestidad.

Algo así sería nuestra iglesia, la que queremos construir entre todos, para que en ella nos reunamos en el seguimiento de Jesús. Él es su fundamento, aunque no quien la fundara. Ella no tiene en sí nada divino, ni su jerarquía, ni su institución, ni siquiera sus sacramentos, ni la predicación de la palabra. Es cierto que en todo ello puede que Dios se haga presente y real. Pero ese acontecer de Dios tiene lugar cuando -y sólo cuando- se enciende en ella o por ella una chispa de amor auténtico y de compasión el que llamamos el espíritu (con minúscula o con mayúscula). Y su sola razón de ser es hacer posible que esta chispa se encienda en provecho de muchas y muchos, para hacernos a todos y todas más humanos y hermanos y hermanas, compasivos desde dentro y no desde arriba, reconciliándonos en nuestras oposiciones y enriqueciéndonos recíprocamente, en vez de oponernos, en nuestras diversidades.

Invitación a retroalimentarse

En un mundo de frialdad y competencia, de individualismo y soledad, de brutalidad y violencia, hacen falta comunidades donde una chispa como esa se guarde, se cuide y se expanda, no sólo en provecho del grupo, sino de la sociedad toda entera y con miras a urdir entre todos un proyecto de futuro para el mundo. A ello invita el *seguimiento de Jesús* en la comunidad llamada iglesia: a retroalimentarse ahí mutuamente con miras a una enorme y maravillosa tarea, si logramos cumplirla. Es una de las invitaciones disponibles en la sociedad y en la historia. Hay también otras igualmente valederas. La nuestra no tendría que entrar a disputar clientelas, sino a reconocer con todas ellas que Dios, es decir, la realidad definitiva que a todos nos engloba, sucede o acontece o sale al encuentro de quienes procuran acercarse y entenderse y amarse, en reciprocidad, igualdad y verdad.

La comunidad que llamamos iglesia no debería nunca hacerse pasar por la realidad a la que sólo indica. Ella no es divina. Es tan humana como Jesús. Como lo somos todos en la cruz de nuestras vidas. Dios puede acontecer en ella, de manera oculta, como en la cruz de la angustia, o clara y manifiesta, como en el gozo de una dignidad recuperada, de una nueva vida de comunicación recíproca en la verdad.

El amor lo hace real

Adherir a una comunidad llamada iglesia tendría que ser algo así como abrirse nuevamente en el seguimiento de Jesús a la gratuidad del acontecer de Dios; hacer nuevamente real, mediante el amor, la presencia de Dios en nuestras vidas, esa presencia que Jesús realizó en el encuentro diario con sus hermanos y hermanas. En la comunidad llamada iglesia se invoca esa realidad en la oración, que es una forma de *guardarla en el silencio* (Lam. Jer. 3:26-33); y se la percibe, en el respeto y cuidado mutuo, como el más allá que nos viene de regalo al comunicarnos de verdad, cuando acontece "en medio nuestro" lo dicho por Jesús de los "dos o tres reunidos en su nombre..."

Cómo, dónde, cuándo, con quiénes se articule esa adhesión a una iglesia, son circunstancias que no dependen de liderazgos institucionales o supuestamente carismáticos, sino de las vueltas de la vida, de la búsqueda de cada cual y del discernimiento en común junto con quienes nos reconocemos y descubramos como afines en una pasión como la de Jesús por la dignidad humana y por su realización en

la fraternidad de lo que él llamó *reino de Dios*. Puede que en este camino de búsqueda nos encontremos con quienes le den otro nombre a una realidad que es objeto de anhelo e intuición en muchas culturas, espiritualidades y religiones. El nombre importa menos que aquello a lo que se apunta desde diversas perspectivas, traspasando las fronteras de catecismos y campanarios.

El lugar del descubrimiento de Dios debería ser la vida y la conversación cotidiana —como lo fue para Jesús— en la relación con el hermano y la hermana, la mujer y el marido, la hija, el colega, el pasajero del bus. Un descubrimiento muchas veces sin nombre, una mirada fugaz hacia el misterio que vive en el otro y en mí cuando somos de veras el uno para el otro.

Porque para eso sí que vale la pena vivir y morir.

CENTRO ECUMÉNICO DIEGO DE MEDELLÍN

Santiago, agosto 2018

* El *Centro Ecu­m­é­nico Diego de Medellín* (CEDM) es una corporación privada de estudios teológicos que nació en Santiago, el 5 de octubre de 1982. Durante estos 36 años la institución ha acompañado al pueblo de Dios que peregrina en Chile, buscando construir unidad y comunidad desde una perspectiva ecuménica y liberadora y haciendo que hombres y mujeres crezcan como personas autónomas.

CEDM:

Dirección: Argomedo 40, Santiago

Teléfono 226341804 - E-mail: secretaria@cedmchile.org.

Web: cedmchile.org

[Facebook.com/diegodemedellin/](https://www.facebook.com/diegodemedellin/)

[Twitter.com/diegodemedellin/](https://twitter.com/diegodemedellin/)